

Terrazas, Madero y Villa Caciques y caudillos

Margarita Peña

La Revolución Mexicana fue ante todo un movimiento de carácter agrario. Margarita Peña nos ofrece, a caballo entre el análisis histórico y la crónica, un ensayo sobre los antagonismos entre el cacique Luis Terrazas y los caudillos Madero y Villa en el contexto revolucionario de Chihuahua.

A la memoria de mi madre.

En recuerdo de Friedrich Katz, a quien conocí en Chihuahua.

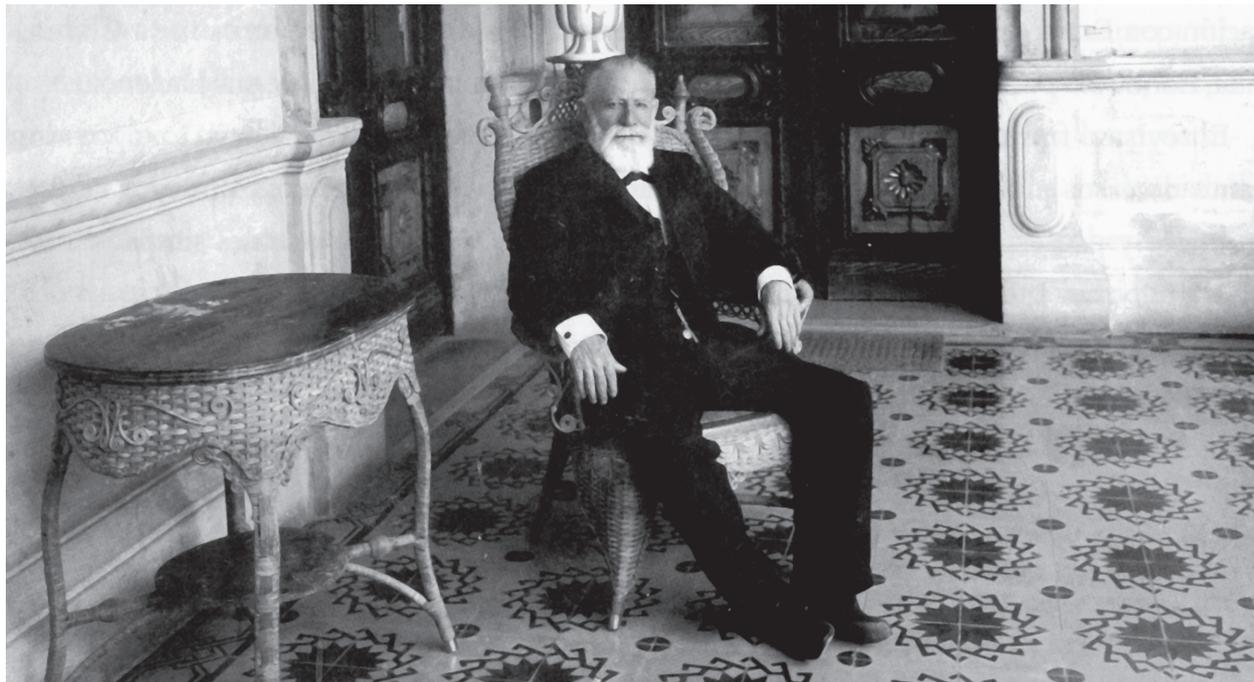
Hoy, a cien años del estallido revolucionario de 1910, parece que escuchara todavía las palabras de mi madre, chihuahuense de nacimiento: “Tus tías abuelas, hermanas de mi mamá, fueron de las primeras señoritas que estudiaron en la Escuela Normal de Chihuahua, fundada en la época de don Luis Terrazas. Tu abuela Beatriz, ella estudió la carrera comercial. Ya iniciado el siglo XX conoció a un joven tenedor de libros, o contador, tu abuelo, nacido cerca de Camargo, en el Valle de San Buenaventura. Se casaron. Yo vine a nacer en los albores de la Revolución, el 3 de noviembre de 1910. De mi primera infancia sólo recuerdo sustos y refusilatas; al final, cuando ya estábamos para venirnos a México, la rebelión escobarista... Llevaba tu abuelo las cuentas de la Hacienda de Bustillos, propiedad de don Pedro Zuloaga Hiri-goity. Como me tenía estudiando el piano todo el día, mis amigas venían a la casa (nunca andábamos solas en la calle): Nelly CUILTY, Chole MOYE, Marta IBBERY, Lulú SISNIEGA, Esperanza ESTABILLO...”.

Con anterioridad me he ocupado de la figura de Luis Terrazas Fuentes, el cacique chihuahuense que nace el 20 de julio de 1829 y muere el 15 de junio de 1923 y cubre los principales momentos del siglo XIX en la historia de Chihuahua (guerra contra los apaches, 1830-

1886; invasión norteamericana; juarismo e intervención francesa; porfiriato; revolución). Pretendo ahora trazar un triángulo (que no será equilátero) aproximándome a las figuras de Terrazas, Madero y Villa, que se encontraron fugazmente entre el año de 1911 (Terrazas-Madero); y en una confrontación violenta (Terrazas-Villa) entre 1913-1920. Se trata de una aproximación.

EL PERSONAJE CENTRAL: TERRAZAS

Figura alternativamente exaltada y denostada, Luis Terrazas fue terrateniente, empresario, militar, varias veces gobernador y condujo a Chihuahua a un indudable progreso durante el siglo XIX y la primera década del XX. Por otra parte, agiotista dueño de las letrinas públicas de la capital en los años prerrevolucionarios que, a raíz de la amortización religiosa en la época de Juárez, repartiera entre sus amigos y parientes los bienes del clero y luego sancionara legalmente tal repartición, el cacique no ha tenido mejor defensor que el historiador José Fuentes Mares. Una visión optimista, saludable diríamos, domina la biografía aparecida en 1954 bajo el título ... *Y México se refugió en el desierto...* escrita por encargo de



Luis Terrazas a finales del siglo XIX en su casa de Chihuahua

la familia Terrazas.¹ Aun tratándose de una biografía oficial, permite entender al personaje y ubicarlo en una dimensión que rebasa la escena chihuahuense. Tal dimensión, esbozada por Fuentes Mares, es la del “modelo religioso [protestante] angloamericano en relación con la significación moral del trabajo y la acción de las virtudes personales en función de la riqueza”. Según Fuentes Mares, lo anterior tendría que ver con la “permeabilidad” de la gente del norte a los valores éticos que se relacionan con el puritanismo anglosajón, por lo cual los norteños serían más emprendedores que otros mexicanos. Se trata de la “benéfica influencia estadounidense” según Fuentes Mares, citado por Aboites.² Tal afirmación se entiende mejor cuando leemos al propio historiador: “aunque en los pueblos católicos, y desde el punto de vista histórico, la conciencia capitalista haya sido algo prestado y sin arraigo, virtudes favorables al capitalismo perfilaron la personalidad moral de sus mejores capitanes...”.³ Tales virtudes quedan ejemplificadas, según el autor, en un hombre (Terrazas) “enérgico y frugal, audaz sin arrebatos, modesto y sistemático en el orden de la vida... una especie de monje dentro del mundo, como no lo habrían soñado mejor los próceres del puritanismo...”.⁴

La apología del “capitán” Terrazas (monje que se dio tiempo para engendrar catorce hijos) contenida en el capítulo “Cómo se gestó una gran fortuna”, acepta, sin embargo, la existencia de críticas, al señalar el biógrafo:

“se han reiterado los cargos a Terrazas, con el fin de hacer de su figura la de un simple señor de horca y cuchillo, explotador de la peonada...”.⁵ Intenta, finalmente, una explicación racional a la “enorme fortuna de Luis Terrazas” y aduce tres “elementos” (o causas, diríamos): 1) la prolongada vida económicamente activa del personaje; 2) ciertas virtudes individuales de contenido económico; 3) condiciones sociales y circunstancias políticas favorables, que como elementos de suma importancia, convergieron en el fenómeno “Terrazas”. La expansión económica se originó en la posesión de la tierra, a partir de una “muy regular heredad” que, según el biógrafo, recibió de su padre, don Juan José Terrazas, carnicero de oficio.⁶ Terrateniente desde 1851, con los ranchos de San Isidro y San Ignacio, los últimos adquiridos en 1907, sumaba dieciséis haciendas (según el recuento de Fuentes Mares).⁷ Encinillas, comprada en 1865 —que según se afirma, expropia, cuando es gobernador, a los Martínez del Río—, llegó a contar cerca de dos mil habitantes, en tanto que las fincas más pequeñas no bajaban de doscientos. “Un rebaño inmenso pobló paulatinamente la llanura, hasta hacer difícil la noción de su cuantía...”, dice poéticamente Fuentes Mares. Sobre un territorio que abarcaba alrededor de dos millones trescientas mil hectáreas, entre 1901 y 1910, pastaban cerca de medio millón de cabezas de ganado vacuno y un cuarto de millón de ovejas. Los servidores (peones) formaban un verdadero ejército. “Era el suyo”, remata Fuentes Mares, “un verdadero imperio, y Luis Terrazas, individualmente, el

¹ Luis Aboites Aguilar, *José Fuentes Mares y la historiografía del norte de México*, 3 de junio de 2008, p. 489.

² *Ibidem*, p. 490.

³ José Fuentes Mares, ... *Y México se refugió en el desierto*, p. 159.

⁴ *Idem*.

⁵ José Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 153.

⁶ Para lo relativo a la expansión económica y virtudes conexas, ver el capítulo 7, pp. 151-161 de Fuentes Mares, *op. cit.*

⁷ *Ibidem*, p. 157.

criador y exportador más importante del mundo”.⁸ Para Cleo Woods, en un artículo sobre ganadería de 1944, “la historia de los imperios ganaderos en América no podrá relatarse sin mencionar a Luis Terrazas, del mismo modo que la historia americana no puede narrarse sin acudir a Jorge Washington”.⁹ La fuerza de esta hipótesis se magnifica al medir el contraste que implicaba el comportamiento del personaje en relación con sus servidores. El propio Fuente Mares, sin querer, lo denuncia al intentar justificarlo:

En lo que el siglo XIX significó en punto a la explotación humana, en la fábrica y el campo, el caso de Luis Terrazas pudo ser excepcional, y no por *el monto de los salarios, que exiguos y todo* representaban el gran poder adquisitivo de la moneda en aquellos años, sino por las diversas prestaciones que tenían asegurados sus numerosos servidores. Ningún peón de Terrazas pudo decir que él o su familia carecieron de alimentación suficiente y de ropa campesina; muchos viven todavía y ninguno me dejaría mentir.¹⁰

Podemos añadir: ¡para esto existía la tienda de raya! De las prestaciones no sabemos nada. Por lo demás, excusar salarios exiguos en función del bajo costo de la vida resulta, me parece, falaz.

La perspectiva del historiador chihuahuense no deja de ser, en cierto sentido, romántica; el texto, en partes bellamente escrito, está influido sin duda por las óptimas condiciones en que escribió: libertad para expresarse; un pago de cincuenta mil pesos, y acceso irrestricto al archivo familiar. Sería ingenuo esperar una biografía imparcial, regida por la lucidez y el rigor histórico, la diversidad de fuentes o la erudición, como la que podrían haber producido Friedrich Katz o Enrique Krauze. Contamos, afortunadamente, con la documentada y ponderada biografía de Héctor Chávez Barrón, *Luis Terrazas*, Editorial Clío, 2004. Debemos añadir que, en cuanto a la idea de orden y progreso (o la compulsión de éste) se explicaría en Terrazas no por una mística o una filosofía personal de carácter positivista (como la que preconizaba Porfirio Parra, filósofo chihuahuense que conoció al cacique y escribió sobre él),¹¹ tal como podía entenderse en el gobernador de Nuevo León Bernardo Reyes, escritor, viajero, hombre refinado, que fundara escuelas, se preocupara por la educación e impulsara el progreso neoleonés, sino por una actitud patriarcal que implicaba la acumulación de capital. Mark Wasserman ha estudiado ampliamente el fenómeno “Terrazas” a tra-

vés del nacimiento de la élite empresarial local, las relaciones con empresarios extranjeros y los efectos de las inversiones extranjeras en la sociedad chihuahuense. Es decir, del capitalismo naciente en el norte del país.

EL ANTAGONISMO CIVILIZADO: TERRAZAS-MADERO

En cuanto a la relación Terrazas-Francisco I. Madero, el punto de confluencia se localiza en ese sector de la vida de ambos que es la estructura familiar. Ambos pertenecían a lo que Krauze ha llamado “familias bíblicas”: los López Negrete, los Martínez del Río, los Sánchez Navarro, los Terrazas, ... los Madero, todas, familias terratenientes en los estados de Chihuahua, Coahuila y Durango. Las imágenes hablan... Una fotografía clásica de Luis Terrazas en los años veinte, de regreso ya del segundo exilio en Estados Unidos, lo muestra rodeado, protegido por la numerosa familia y el arzobispo Guízar y Valencia en ocasión de recibir al nuncio papal a su paso por Chihuahua. Otra, de la familia Madero, *ca.* 1895, testimonia la existencia del clan Madero. En ambas imágenes se pueden percibir paz, contentamiento, indolencia y hasta cierta beatitud. Qué lejos estaban, para Terrazas, el éxodo por el desierto chihuahuense en pleno invierno de 1913, cuando huía de Villa; para Madero, también en 1913, el horror de la traición, el calabozo y la muerte a espaldas de Lecumberri, el gran panóptico erigido por Porfirio Díaz.

Los avatares políticos los colocaron en varias encrucijadas.¹² En febrero de 1911, tras su huida a San Antonio, Texas, al reingresar después a México, Madero se ve obligado a dar un rodeo por las haciendas de San Lorenzo (propiedad de Terrazas) y Bustillos (propiedad de Pedro Zuloaga, sobrino nieto de Terrazas). Obtiene de aquél el permiso para hacerlo. En Bustillos establecerá su cuartel general y allí se reunirá más tarde con Villa, quien hará de la hacienda uno de sus lugares favoritos.¹³ Por su parte, a la llegada de Miguel Ahumada a Chihuahua como gobernador, Terrazas (destituido previamente del cargo por Díaz), a sus ochenta años se había dirigido a Aguascalientes y luego a la Ciudad de México. En 1911, ya con Madero en el poder, se traslada a

¹² El descontento contra el régimen porfiriano se hacía sentir desde mucho antes (1906), así como el fervor antirreeleccionista que expresaría Madero. Los grupos de filiación maderista fueron los primeros en levantarse en armas: Toribio Ortega en Cuchillo Parado; Abraham González en Ojinaga; Francisco Villa en San Andrés; Pascual Orozco en el municipio de Guerrero. Sandra Bustillos, “La Revolución mexicana en Ciudad Juárez”, Yahoo, 3 de junio de 2008, pp. 1-2.

¹³ Actualmente, a la Hacienda de Bustillos se le relaciona tanto con Madero como con Villa. Se le conoce como “Bustillos, la hacienda de Madero”, George Banthaim Collection Library of the Congress, Internet, Photos Library of the Congress, 20 de mayo de 2008. En cuanto a Villa, el 31 de mayo de 2008 la hacienda fue escenario de una

⁸ *Loc. cit.*

⁹ *Ibidem*, p. 156.

¹⁰ *Ibidem*, p. 153.

¹¹ Porfirio Parra, “Semblanza del General Luis Terrazas” en *Revista de Chihuahua*, número 7, tomo 1, agosto de 1895, p. 194.

California, y posteriormente, desde allí escribe a éste informándole que quiere regresar. Urgido Madero de normalizar la vida en el país, pide a Abraham González que Terrazas no sea hostilizado. Retorna el cacique a Chihuahua en 1912, intentando reanudar la vida de antes, cosa que será imposible tras la muerte de Madero y la irrupción de Villa en la ciudad de Chihuahua. Ambos momentos en la vida de Terrazas y Madero, en el año de 1911, pueden considerarse como ocasiones provistas por el azar para favores recíprocos entre hacendados que, aunque diametralmente opuestos (uno, el carismático ideólogo revolucionario que subvertiría el orden reinante; otro, el oligarca endurecido, ferozmente anti-revolucionario) pudieron, llegado el caso, actuar civilizadamente, otorgándose facilidades para la supervivencia. Es posible que el origen común, la pertenencia a un mismo grupo social, una suerte de solidaridad atávica con el clan hayan tenido algo que ver en las concesiones de ambos, aunque hay que puntualizar que Madero nunca habría traicionado sus principios, entre los cuales figuraban las libertades de asociación, expresión, huelga, manifestación y tránsito, todas ellas opuestas al credo Terrazas. Entre las varias visiones que tenemos de Madero, la entusiasta y apasionada de Krauze lo describe como el hombre bueno que en San Pedro de las Colonias, hacia 1908, redactaba por la noche *La sucesión presidencial en 1910*, recorría a caballo su hacienda curando a sus peones y conversando con ellos, y “llevaba el nombre de dos santos fundadores, el de la caridad y el de la acción, y en su apellido había una reminiscencia del Calvario: Francisco Ignacio Madero”.¹⁴ Mientras que en la de Friedrich Katz, escéptica y realista, “Madero no hizo más que utilizar para sus propios fines el descontento de la población de Chihuahua dirigido principalmente contra el general don Luis Terrazas [...] el hombre más rico de Chihuahua”.¹⁵

EL ANTAGONISMO SIN PALIATIVOS: TERRAZAS-VILLA

El triángulo se completa. El signo de los tiempos determinó que la relación Terrazas-Villa fuera catastrófica para el terrateniente. En marzo de 1913, a pocas semanas de la muerte de Madero (22 de febrero), con Abraham Gon-

recreación de la fiesta posterior a la boda de Luz Corral y Francisco Villa (San Andrés), en un acto auspiciado por el Gobierno del Estado y asesorado por el historiador Rubén Osorio. Se celebraban los trescientos años de la fundación de la ciudad de Chihuahua, doscientos años del inicio de la Guerra de Independencia y cien años de la Revolución Mexicana. Internet, “Escenificarán boda del coronel Francisco Villa”. *Más Noticias / La Red del Norte*, p.1, 2 de junio de 2008.

¹⁴ Francisco I. Madero, *La sucesión presidencial en 1910*, prólogo de Enrique Krauze, Editorial Clío, México, 1994, p. 5.

¹⁵ Friedrich Katz, “Francisco Villa”, *Fractal*, revista trimestral, Google, 3 de junio de 2003, p. 7.

zález como gobernador y el estado lleno de rebeldes maderistas, en su avanzada hacia la capital, Francisco Villa entra a la Hacienda del Carmen, propiedad de Terrazas, en donde manda fusilar al administrador Salvatierra cuando le muestran el árbol en donde los campesinos eran atados y azotados por faltas leves, y le informan que ejercía el derecho de pernada sobre las mujeres jóvenes. Destruye los libros de contabilidad borrando los registros existentes, y entrega a los peones “las llaves de la casa grande, la tienda de raya, las bodegas y las trojes, para que tomen lo que necesitan para vivir”.¹⁶ Lo mismo hará en la Hacienda de San Lorenzo, también de los Terrazas. Más adelante, en junio, se aloja en la famosa Hacienda de Bustillos, en donde lo recibe doña Luz Zuloaga de Madero (pariente política del fallecido presidente Francisco I. Madero), con la que había una buena relación desde que poco antes se le perdonara a Villa el abigeato. Hará de la hacienda, cercana al pueblo de San Andrés, su nueva base de operaciones. Aunque doña Luz era una mujer casada, en Chihuahua se daba por sentado el ascendiente que ejercía sobre el guerrillero con el cual, se decía, daba largos paseos instándolo a que volviera al orden. Por entonces Villa giraría instrucciones de saquear el ganado de las haciendas de los Terrazas, dejando sólo los novillos, por los cuales, anuncia cínicamente, volvería después. Dos latifundistas, Alberto Terrazas (hijo de don Luis y gobernador efímero a fines del Porfiriato) y Enrique Cuiilty (sobrino), formaron por entonces dos batallones de voluntarios.¹⁷ El 22 de julio de ese año, Villa entró en Chihuahua ante la expectativa general. A raíz de haber intentado fusilar a los prisioneros —federales y terracistas— tras la derrota en Bustillos, de a tres en fondo con una sola bala, su fama de implacable y bárbaro había empezado a propagarse. Él preguntaba simplemente si “era menos bárbaro fusilarlos de uno en uno”.¹⁸ Al salir de Chihuahua, Terrazas había dicho que “traería a Villa de las orejas”, para lo cual tenía “un millar de infantes, cuatro ametralladoras, dos cañones y cinco trenes...”, según Paco Ignacio Taibo II en *Pancho Villa. Una biografía narrativa*. Pero el patriarca calculó mal. Dice Taibo: “no tenía una buena vigilancia y en el momento de iniciarse el combate estaba en su vagón de ferrocarril con una buena dotación de alcohol y un grupo de muchachas que las buenas lenguas decían que pertenecían a la Cruz Roja”.¹⁹ Suponemos que se refiere a don Luis, no a Villa. Éste voló un túnel y destruyó las vías del tren cerca de San Andrés y de Bustillos, para atrapar al terrateniente.²⁰ “Villa dirige perso-

¹⁶ Paco Ignacio Taibo II, *Pancho Villa. Una biografía narrativa*, Editorial Planeta, México, 2008, p. 178.

¹⁷ Para todo esto, ver *ibidem*, pp. 186, 188.

¹⁸ *Op. cit.*, p. 185.

¹⁹ Paco Ignacio Taibo II, p. 190.

²⁰ *Loc. cit.*



Entrada a la Ciudad de México de Francisco I. Madero el 6 de junio de 1911

nalmente el ataque y después de varias horas, la columna de Terrazas queda totalmente deshecha”.²¹ Para Taibo II, “en esos momentos, en Chihuahua, Pancho Villa ya es un mito. Se decía de él que cuando tenía frío no temblaba y que sabía cuándo iba a llover”.²² Quienes seguían a Villa murmuraban que “era un tipo rarísimo”. Según Roberto Fierro, era un hombre alto, robusto, con una cara redonda de tez morena que le daba el aspecto de un niño grande. Ojos de color claro y mirada eléctrica; otros lo describían pálido, con barba rala, de mirada insolente.²³

Es claro que su odio hacia los terratenientes respondía, por un lado, al sentimiento generalizado, a la rebelión antirreeleccionista que se estaba viviendo. Por otro, a las vivencias personales. Cuando joven había herido con pistola, en una pierna, al hacendado López Negrete, que intentara abusar de su hermana Martina, una niña de trece años. Tuvo que huir y ahí comenzó su vida de fugitivo y abigeo. Nacido un 5 de junio de 1878, fue registrado por sus presuntos padres Agustín y Micaela, como Doroteo Arango Arámbula. El apellido Villa vendría de Jesús Villa, el abuelo paterno del que Agustín era hijo natural. El padre, Agustín, es un personaje fantasmal que desaparece hacia 1884. Por otro lado, entre las muchas historias que el propio Villa contaba estaba la

de que él era hijo de un judío español apellidado Germán. Y por último, hay la hipótesis de que el guerrillero sería el producto de los amoríos de Micaela Arámbula con el padre real, “un rico hacendado apellidado Ferman”. La existencia de éste, descendiente de una familia procedente de Liechtenstein, ha sido verificada, de acuerdo con Taibo II, por el historiador Rubén Osorio, para quien, apeándose a la tradición oral, Villa sería hijo de Luis Ferman y Micaela, sirvienta en la hacienda de La Ciénaga propiedad de los Ferman (o Fermán). De ser cierto esto, tenemos una segunda razón del odio violento de Villa a la estirpe de los hacendados. Odio que, atizado por el rencor colectivo, vendría a volcarse en el clan Terrazas y sus ramificaciones. A salvo ya Luis Terrazas en El Paso, Villa se encarnizó con el hijo, Luis Terrazas Cuilty, a quien sacó del consulado británico en donde éste se había refugiado con la ilusoria pretensión de vigilar las propiedades de la familia y, a lo largo de dos años, le formó cuadro para fusilarlo en cinco ocasiones, utilizando el acto como una manera de obtener dinero del padre. Finalmente, Terrazas Cuilty logró huir, y con la ayuda de Carranza llegó hasta El Paso, y murió tiempo después en Los Ángeles. Habían sido dos millones de pesos los que se pagaron. De Villa también se decía que al nacer “pesaba cinco kilos, tenía el pelo rojizo y unos enormes ojos de búho”, “que no tenía rasgos indígenas, era un güero quemado, blanco, de pelo castaño”.²⁴ De ser cierta la historia de la bastardía, se vendió sobradamente en el patriarca que, para más, también se llamaba Luis como Luis Ferman, el presunto padre. La saña de Villa con el cacique y su hijo legítimo se ex-

²¹ P.I. Taibo II, p. 191. Terrazas huye a caballo junto con treinta supervivientes. Por esos días, la hija de Villa y Luz Corral, Luz Elena, muere, probablemente envenenada. Posteriormente, la familia del general Villa se establecerá en El Paso.

²² *Ibidem*, p. 192. Sobre la sagacidad de Villa como caudillo frente a la del cacique, se sabe que el propio Villa afirmaba que “conocía tan bien el terreno que podía conducir un grupo armado de Chihuahua a Mazatlán con los ojos vendados, de noche y sin que un solo día les faltara agua ni comida”.

²³ *Op. cit.*, p. 194.

²⁴ Paco Ignacio Taibo II, pp. 16-17.



Francisco Villa con José Vasconcelos, Eulalio Gutiérrez y Emiliano Zapata en Palacio Nacional el 4 de diciembre de 1914

plica, según el historiador Chávez Barrón, por esta hipótesis.²⁵ Coincidió con él.

El general Villa llega a la ciudad de Chihuahua en 1913. Incauta la Quinta Carolina —así llamada por la esposa de Terrazas— y la convierte en universidad agrícola; él habita en la casa de Amada Terrazas, hija del cacique. Ordena que se destruya el Monumento a la Batalla del Mortero (conmemoraba un éxito militar de Terrazas); expropia casas y las asigna a sus generales. Confisca por decreto los bienes muebles, inmuebles y documentación de las familias Terrazas, Falomir, Culty y Creel, relacionadas entre sí por consanguinidad. Excluye —posiblemente por la ayuda que le prestara alguna vez Carlos Zuloaga, o doña Luz— a la familia Zuloaga, emparentados con Terrazas y dueños del segundo latifundio de Chihuahua. Se destruye el menaje de las casas y los pianos son hechos leña para la chimenea. El periodista de oposición Silvestre Terrazas, de filiación católica liberal, director del periódico *El Correo de Chihuahua*, crítico permanente del gobernador Enrique Creel y luego secretario general del gobierno de Villa, rescata algunos instrumentos y los manda al Instituto Científico y Literario. Todo esto recuerda pasajes de la excelente novela de Fuentes, *Gringo viejo*, y la película subsecuente.²⁶ Finalmente, tras la amnistía de Villa en 1918, y su marcha a Canutillo, se van recuperando los bienes y hacia 1919-1920, Terrazas, a instancias de Obregón y por mediación del gobernador Enríquez, puede

²⁵ “Para Villa, Terrazas sería la trasposición del hacendado violador que negó su paternidad y le canceló las oportunidades de ser un hombre socialmente reconocido”. H. Chávez Barrón, *Luis Terrazas*, Editorial Clío, México, 2004, p. 184.

²⁶ *Ibidem*, p. 190.

regresar a Chihuahua en donde muere, apaciblemente, en su cama, el 15 de junio de 1923. El mismo año en que, un mes más tarde, el 20 de julio, Villa moría asesinado en la Hacienda de Canutillo. Víctima y verdugo (sin que sepamos exactamente a quién correspondió cada papel) caían casi simultáneamente, hermanados por la muerte.

En el recuerdo todo son palabras, presencias, olores. Como “refusilatas” y otras muchas: “surumatos”: aquellos que vivían al sur del país y que encarnaban el resentimiento del Norte contra el Centro; “chimirihueque”: “¿cómo te llamas?” en lengua tarahumara. El aroma del “champurrado” o atole de chocolate; del cocido con hueso y tuétano —que mi abuelo untaba deleitosamente en una tortilla—, elote, zanahoria, papa, nabo, col y una hojita de yerbabuena; el sabor del pinole en la leche, del dulce de frijol que las niñas (mi hermana y yo) nos resistíamos a probar. La cocina vernácula de mi propia infancia. Los modismos: “me echó la viga” por “me regañó fuerte” (algo que mi abuelo, los jefes y los patrones hacían frecuentemente). Todo un orden familiar vertido en el idiolecto de una familia norteña, cerca del desierto en donde, según Fuentes Mares, México buscó refugio. En el feudo sin fin de Luis Terrazas, conquistado en la Revolución por Francisco Villa.

El año de 1984 visité la ciudad de Chihuahua. Llegué hasta la calle Victoria 1205, al lugar en el que supuestamente habitaron abuelos y bisabuelos. La casa solariega en la que mi madre solía practicar su lección de piano la mañana entera. Encontré solamente una morada en ruinas, de muros de adobe y restos de cal, en cuyos rincones crecía la hierba. Sentí una gran nostalgia de aquello que me contaron, de todo lo que no llegué a vivir. **U**